

# VICENTE BLASCO IBAÑEZ

ORACION A SU  
VIDA Y MUERTE

POR

JOSÉ ALCINA  
NAVARRETE



539

PRECIO  
0'40

**BPM Alcoi**

Sig.: SL 50539//

Tít.: Vicente Blasco Ibañez : Oración

Aut.: Alcina Navarrete, José

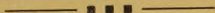
Cód.: 8034347 Reg.: 860502



Donación A. J. Ferrando

S.L.  
50539

# Vicente Blasco Ibáñez



Oración a su Vida y a su Muerte

==== por =====

JOSE ALCINA NAVARRETE

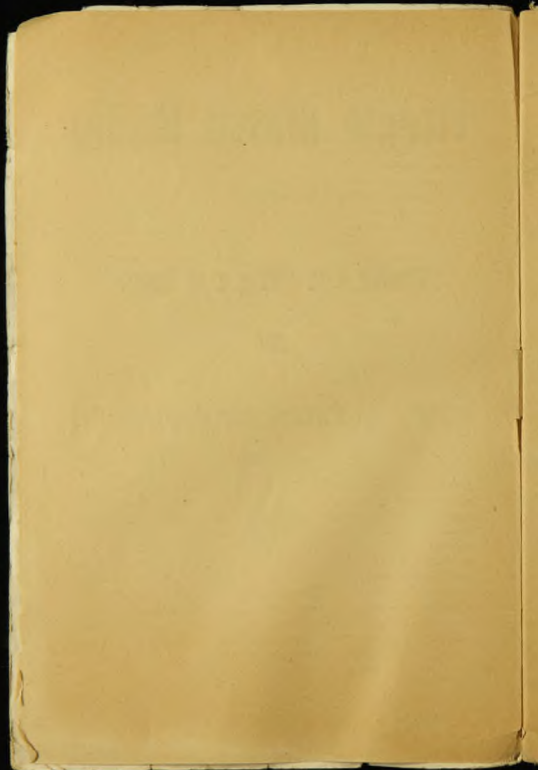


1928

IMP. "FRATERNIDAD,"

ALCOY

R. 860502



## *Ofrenda a Félix Azzati*

*Le dedico reverentemente estas cuartillas mías sobre Blasco Ibáñez, porque fué leyendo hace muchos años en El Pueblo un artículo suyo, bellissimo y conmovedor, sobre los presos de Benagalbón, cuando prendió en mí el ansia inescrutable de escribir. Porque estas nuestras voliciones, que parten de lo más vario y profundo del espíritu, allí donde toda lógica parece por falta de lucidez, tiemblan a veces en la evocación, por creerlas nosotros fecundadas por un cierto determinismo, fatalmente advocatriz. Este ha menester por fuerza, del movimiento supraespiritual del agente conductor. Como a tal reputo esa emoción vivísima de su mentado trabajo periodístico, quien, a su vez, me trajo, como aire de Fatalidad, que había ya de por siempre de abocar mi pensamiento a los problemas del Universo, la tornasolada visión plástica de otro memorable trabajo literario de Vicente Blasco Ibáñez, inserto también en El Pueblo y que yo hu-  
be de saborear fugazmente en  
aquella*

*época, siendo aún un niño: «La Quinta Sinfonía». Esos primogénios ramalazos emocionales, parece que hubieron de culminar más tarde, leyendo atentamente otros artículos suyos, amigo Azzati, por mí introspeccionados hasta el Infinito, pese a la mocedad, no desvinculada aún por completo de las auras infantiles. Porque la muerte de Vicente Blasco Ibáñez tiende a reflorar castamente esas dulcísimas impresiones, de las que estoy orgulloso, no obstante las confluencias trágicas de la existencia, yo, quiero hoy, al ofrecerle este breve estudio, que V. lo recoja con ese mismo temblor misterioso con que solemos retener a veces ciertos presentes espirituales que, acaso por su misma excelsitud, hácenos olvidar este montón execrable de inmundicias que es, a menudo, la sociedad toda.*



## El sentido espiritual de la portada

A muchos les será fácil su comprensión. Entre el esplendor de la vega valenciana (no hay calle de la ciudad que no se sienta circundada y protegida morosamente por la huerta polifónica y maravillosa, en su crepitar constante de colores y de sugerencias) Vicente Blasco Ibáñez, forja sus portentosas novelas (narraciones fervorosas y apasionadas de almas y de pueblos, de posibilidades humanas y justicieras y de paisajes subvertidos espiritualmente, ante la retina del lector, por el matiz insospechado y la visión hondamente generatriz del escritor) en tanto, frontero a sus radiaciones mentales, se perfila el «Micalet», la torre-relicario de la ciudad de Valencia, el ánfora maravillosa en la que, por sobre toda concepción ideológica y racialmente renovadora de la sociedad, suelen verse las más idílicas y conmovedoras emociones, cuando en el devenir de los años, pone la distancia en los ausentes de su tierra (no importa el no poseer un solo palmo de aquella, ni siquiera el improbable del que corresponde a una tumba para que estalle el sentimiento regional, en ciertos instantes, como una onda purísima, cuyo engarce nadie sabe dónde se formó) el perfil de aquel monumento de piedra, por el que trepan millares de pupilas físicas en los momentos cumbres del Sentimiento. Porque existen otras pupilas extrafísicas: las profundamente espirituales y que no más pertenecen a quienes, como Vicente Blasco Ibáñez, luego de posarlas con ternura enorme en la torre de la ciudad, las fija con insistencia en esa otra torre, más profundamente sugeridora aún, porque aparte de columpiarse idealmente sobre la misma los Derechos del Hombre y tanta belleza ímpolita, como surge del movimiento revolucionario del 89 y de los libros de sus pensadores y de sus artistas, contiene la Torre Eiffel, ¡quien sabe para cuántos siglos aún!, frente a los contornos estéticos de la torre inclinada de Pisa, y a los nimbados de excelsitud, pa-

ra los valencianos, del «Micalet», un motivo sensorial enorme para todos aquellos hombres sensibles del mundo, que cualquiera que fueren sus proyecciones íntimas y jugosas de los acontecimientos, al transferirse sobre el orden social establecido, tienen siempre inclinado sobre el corazón un nombre, que, aún siendo combativo por demás, dado que en torno suyo no hay epopeya que no se fragle, para honor de la Humanidad, no deja de poseer ese encanto inenarrable que, tórnase a veces, hondamente sensitivo, como un suspiro o una plegaria. Ese nombre es París: el pueblo que a multitud de muchachos enseñó a reverenciar el genial escritor, en sus célebres artículos de «El Pueblo» y en sus tumultuosas arengas de los comicios; París, que presta al escritor famoso sus primeras normas justicieras y sus primogénias líneas estéticas; París, que había más tarde de ofrecerle la victoria al difundir sus libros, como recompensa a sus exaltados servicios a la ciudad sacrosanta, como hubo de ocurrir con «La Barraca» y «Los cuatro jinetes del Apocalipsis».

Por ello, el escritor valenciano contempla en la portada las dos torres excelsas que, a su vez, son como resguardo de las dos ciudades, profundamente republicanas. Y hasta en el sentido emotivo de los vocablos, Valencia y París, sonando a bélicos clamores, parece que tiendan a suspender el ánimo de quien pronuncia esos nombres, por hallarlos constreñidos en su esencia, por no se sabe qué extraño e idílico temblor. Y como París, para desvincularse un poco del tesoro de su gracia clásica, ha menester de renovar sus fuentes inmanentes de existencia, (acaso esté aquí el secreto de la superioridad de la vieja Germania sobre el risueño país de las Galias) frontero a sus contornos y por sobre el Océano, otra ciudad imponente que trajo los ritmos del Renacimiento en volutas gigantescas de humo, para no ser extrangulada por el cordón insaciable de los números y las cábalas de los hombres de presa, alzó frente a la torre Eiffel, el *rascacielo*, que significa que, el mortal ultracivilizado de hoy, ha de registrar hasta los profundos más íntimos de las entrañas del Universo, para contemplar nerviosamente y fuera de los dominios teológicos (aunque a

veces, a los mismos confluye por los hilillos misteriosos de luz, que esculpen Emerson y Ana Besant, al fin hermanos de raza) esas latitudes pavorosas de los Espacios, a las que hubo de sorprender Franklin con su aguja imantada, como un principio de introspección universal. Porque New-York es como una *resurrección materialista* de París y dió la máxima difusión a los libros de Vicente Blasco Ibáñez y los máximos honores materiales, se perfila el rascacielos, frente a su silueta que, en la portada contempla los tres tiempos magníficos de sus gestas: Valencia, París y Norteamérica. ¿Comprendéis, ahora, porque resplandecen los rostros de Emilio Zola y de Victor Hugo, en el dibujo decorativo y sugeridor? En todos sus momentos, había de evocar por fuerza Blasco Ibáñez a los dos colosos del Naturalismo y del Romanticismo (¿por qué separar esos dos términos, si a un mismo fin revulsionador afluyen, como corriente tumultuosa de idéntico pensamiento inmortal?) por ser aquéllos forjadores de almas sensitivas en la Aurora del 900. ¿Y qué es Vicente Blasco Ibáñez, sinó un hombre del 900, que es cuando entre nosotros, aparte los grupos socialistas y libertarios, se pretende crear el periódico moderno de combate, la publicación literaria, la novela realista y fundamental, y la Unión Republicana, con Salmerón en su cúspide, y que es como el principio de un formidable movimiento de conmoción nacional, cuyas derivaciones aún se perfilan en el laberinto de la sociedad española de nuestros tiempos. ¿Argüiréis acaso que existe algo diferencial en el tiempo que separa a Emilio Zola y Victor Hugo, de la intensísima propaganda oral y escrita de Blasco Ibáñez, pero a los que hemos seguido las huellas gloriosas de aquellos maestros, por su traductor social en la realidad de España, se nos antoja que todo se produce entre nosotros, por un mismo movimiento envolvente y apasionador. Por ello, frente a la torre de El «Micalet» y a la torre Eiffel y al rascacielo norteamericano, el escritor se siente resguardado siempre por esas dos sombras venerandas, a las que les basta «Los cuatro vientos del Espíritu» y «Germinal» para no ser nunca excluidos de la Academia de las Almas, cuyos umbrales se suele traspasar tan solo con el beneplácito de millones de sufragios, alcanzados no más por el imperativo sagrado del corazón,



## UNAS PALABRAS

---

Al escribir estas líneas, hanse publicado ya sobre Blasco Ibáñez, un folletito, con noticias recogidas de los periódicos e impreso en cierta ciudad, donde apenas muere un hombre de consideración social, política o filosófica, surge uno de esos opúsculos insignificantes que, sienten hasta rubor de ver consignado su coste en el lomo, con haber sido engendrados en el lugar donde los números parece que sean la única Divinidad digna de tenerse en cuenta para toda reverencia espiritual: un brevísimo estudio de José Más y un volumen de Eduardo Zamacoís, reflejo exacto en parte, de otro su homónimo, impreso hace años, con el título de «Mis contemporáneos», también dedicado a Blasco Ibáñez. Nosotros nos aventuramos a trazar estas nuestras consideraciones sobre el Muerto, por una razón profundamente emocional: la de haber seguido su rastro luminoso, allá en Valencia, en esos tiempos en que todo mozaibete de quince años tenía que inclinarse sentimentalmente: o por los Principios autócratas de don Carlos, o por los arrebatados conceptos democráticos de Blasco Ibáñez. En aquella época, tumultuaria y llena de luz interior, por la que el espíritu percibe ya claridades maravillosas para el Porvenir, se genera este sentimiento inmenso de devoción, no por sus determinaciones definitivas, sino por el engarce que más tarde, andando el tiempo, tuvieron otras claridades tumultuosas, que afluyen al océano social, todo él entremezclado de normas justicieras que, a veces, por lo místicamente interpuestas, pasan del estrépito humano de la contienda civil a la configuración indestructible de las Normas Sagradas. Y como ese admirable sentimiento de admiración no decreció nunca, por buscarse siempre, como en el tronco florecido de las emociones familiares — acaso sea esto no más una redundancia — el punto de

conexión, aprovechamos ahora estos momentos intensísimos para tallar fervorosamente esta oración a su Vida y a su Muerte, ofrendada. Que sea ella para todos, por sobre toda creencia estética contraria o todo sentimiento revulsionador de la obra del Muerto, que a menudo forja la incompreensión o el sectarismo, como una Ofrenda altamente supraespiritualizada, que estamos dispuestos a renovar en toda ocasión en que otra gran figura del Sentimiento o del Pensamiento nos la sugiera, tras habernos conmovido profundamente con su postulado social o literario. Que en esto de honrar a los muertos, uno con unas violetas, otro con unas meditaciones, feste con unas lágrimas, estotro con unas crispaciones, hondamente dramáticas (acaso la más conmovedora de las plegarias) hay algo tan bellamente patético y resguardador a la vez, que solo por el placer sacrosanto de fundir el corazón con la Eternidad, se pueden muy bien esparcer en toda latitud unos pensamientos y unas cuantas rodajas de plata, por sobre las cuales, ennobleciéndolas, se habrá de recortar siempre el gran gesto consolador del Muerto inolvidable.



## Unos gritos subversivos

---

Recientemente ido de entre nosotros Blasco Ibáñez, han surgido los elementos revulsionadores, al parecer, de toda obra fecunda y altamente emocionante. Ello advino una vez más, por la costumbre inveterada en muchos periodistas, de solicitar la opinión de unos cuantos señores, apenas se produce un escape de gas, llega un compatriota a los cien años, o lanza una pobre mujer al mundo unos cuantos nenes de una sola vez. Por ciertas opiniones, execrables no más por el momento en que fueron expuestas, y que acusan por sobre todo respeto personal, una envidia formidable al Muerto, multitud de personas indignáronse ante la forma irrespetuosa de juzgar una obra, estando aún caliente el cadáver de su forjador. No creemos se merezcan los citados exégetas la más leve repulsa, pues tan solo ha menester de la misma el periodista que se aviene tan fácilmente a buscar un motivo más de aparecer él, con su firma al pie de ciertas declaraciones, que a nadie interesan. En este caso concreto de Blasco Ibáñez, se ha debido pedir la opinión de los miles de lectores, que leían sus obras con avidéz y aguardaban con ansias enormes la publicación de su última novela. Ese público, por el cual se sostienen los teatros, los periódicos, los escritores y las editoriales, es quien debe ser interviuvado. Porque en fin de cuentas—ya veremos de la calidad de ciertos prejuizadores, endebles por cierto en muchas de sus producciones, y agitiándose a cada momento en actitudes extemporáneas para que la gente se fije en ellos—ya en los tiempos que corren, el lector es superior a veces a muchos de los que escriben y a no pocos de los que peroran. Podrá esa masa anónima no crear ciertos libros, ciertas arengas, ciertos mármoles labrados y ciertas composiciones musicales, pero, apenas surgen sobre el encerado

social esos partos maravillosos, según sus progenitores mentales, la multitud escudriña, compara, y viendo que ni siquiera existe el más leve registro emocional en su estructura, envuelve la obra toda por él juzgada, en un movimiento intensísimo de desdén. Porque hace muchos años que no se siente la crepitación original de la audacia, ni la lumbrada maravillosa del génio; hay en estos momentos, en torno a toda epopeya y a toda obra de arte, descartadas bien escasas posibilidades, un silencio absoluto.

En esas condiciones, lo más cuerdo en muchos periodistas, sería el preocuparse de enfrentar la muchedumbre, que no forma corrillos ni tertulias, ni utiliza las páginas de los periódicos para adjetivarse a menudo, según le viene en gana, olvidando que no es la opinión un conjunto de imbéciles, e inquirir sus juicios sobre toda forja artística, política y social. El constructor del mueble y de la lámpara, el que delimita los contornos de una carretera y los que la pavimentan más tarde, piensan, y a veces, profundamente. Lo mismo le ocurre al vendedor de libros y al forjador de hierros, al que expende paños y al que tambaleándose en los altos andamios, enlucen las fronteras de los edificios, luego de haberlos cimentado fuertemente. Esa masa—toda la nacionalidad siempre, más en estos tiempos que en cualesquiera otros, en virtud de la marea ascendente de la cultura y de donde surgen como por ensalmo, el héroe y el pensador—es la que debe importarnos, con sus repulsas o su asentimiento. El recurrir en ciertos instantes a la opinión de un profesional es deformar de antemano la información, porque la respuesta que aquel pueda ofrecernos, aparte la vanidad repulsiva de tanto escritor y político, viene a ser parecida a la del cafetero a quien, si se le dice de pronto que el café que sirven en el establecimiento de enfrente, es de superior calidad, contesta: «que se advierte que el inoportuno, no sabe de cierto, lo que es el verdadero café».

## “El Pueblo,, con el artículo de Blasco Ibáñez

Este escrito, ha de ser, quíerose o no, una plegaria. Comienza la misma allá por el 900. Este principio cardinal de las emociones que va del 900 a nuestros tiempos, han engendrado una devoción que no excluye el razonamiento escueto y profundo, como cuando en los momentos cumbres de la Meditación escarbamos en las celdillas de nuestro cerebro, buscando afanosos los prolegómenos de la conciencia. Esta es un emplazamiento de las ideas desordenadas, con su germen promotor. No de otra forma procedían los filósofos atenienses para encontrar las raíces de sus elucubraciones. En nosotros, el nexo de la vida intelectual, que más tarde se precipita por los barrancos del Misticismo, que es donde florecen castamente todos los pensamientos, hasta los más embrionarios respecto a la formación de las almas y no de los mundos, lo encontramos en Vicente Blasco Ibáñez, al remontar el curso de nuestras reflexiones. Como tantos otros nacidos en Valencia, su pluma nos describe horizontes ilimitados y como bajo el resplandor de la gran hoguera pasional que él suscita en nuestra ciudad, comenzamos a sentirnos turbados frente a todo hecho minúsculo o gigantesco, deber nuestro es forjar humildemente esta oración literaria, cuyo primogenio alborcar encontramos ha muchos años, en un solo grito de vendedor de periódicos, que es a su vez, como una gran Promesa, tendiéndose fraternalmente sobre la ciudad. Ese grito es, amigos: «El Pueblo» con el artículo de Blasco Ibáñez.»

Los que de lejos asisten a las exequias cívicas en honor del formidable literato, no podrán comprender nunca la enorme exaltación espiritual que ese sustantivo, precedido del artículo, provoca en nuestras almas. Afirmaremos aún más; que le es imposible a nadie, por docto que sea, el diseñar la verdadera silueta de Blasco Ibáñez, si no ha convivido en esa época, exaltadoramente romántica, en que Valencia era una cábila, según D. Antonio Maura y Montaner, y a la cual, pese a la conjunción de tanto elemento primitivo, no se le puede regatear esta cualidad preeminente, que para sí quisieran muchos de los sojuzgadores de esos mentados acontecimientos: la inquietante espiritualidad de que estaba aquella poseída. Nosotros nos contamos en-

tre aquellos que fueron execrados por el célebre políptico mallorquín y que forzó a Blasco Ibáñez a responderle en un magnífico discurso, con ocasión de celebrarse un comicio tempestuoso como todos sus homónimos, en el Jai-Alai. Este grito famoso, que parte del vendedor de periódicos, cuando voca: «El Pueblo» con el artículo de Blasco Ibáñez es el principio de su obra memorable de novelador. El autor de «Al pasar» luego de esculpir las páginas atormentadoras de «Cañas y barro», obra de la que pudieran enorgullecerse muchos de *nuestros líderes literarios*, de haberla firmado, no hubiese podido nunca inspeccionar ni uno solo de los pueblos que transcribe más tarde en sus libros, (tales el Madrid de «La Horda» el Bilbao de «El Intruso» y el Jerez de «La Bodega» si antes, no hubiese sido conmovido por los torrentes de luz y palpitation humana, que parten de los viejos y clásicos barrios de la ciudad. Las calles retorcidas y angostas del distrito de la Misericordia (Lepanto y Borull, Encarnación y Tejedores) y las rectangulares y enmohecidas bellamente por la Tradición, del distrito del Hospital (Padre Jofré y del Pilar, de Espartero y del Hospital) sirven más de una vez para que trace el gran escritor valenciano alguna de sus magníficas novelas cortas, en las que se siente estremecido el lector por la visión honda y cóncava de los personajes y el ambiente en que se desenvuelven, y que bien pocos literatos quisieron ver, acostumbrados a sus labores primorosas de orfebres de quincallería, excepto algunos, entre los que descolla ese eminentísimo escritor valenciano, que en vida se llamó Luis Morote, ya olvidado por cierto, entre el banal rumor de los penaltis y los goals y el vocerío que parte de los graderíos de sol en las tardes de gran corrida.

«El Pueblo» con el artículo de Blasco Ibáñez, debe ser para el crítico de la varia y profunda labor del Maestro, el fundamento de su interminable labor literaria, a la que dá cima, como un aírón de Eternidad, dentro de sus basamentos clásicos, esa obra maravillosa que es: «MARE NOSTRUM». El escultor de las novelas regionales, debió sentir al trazar sus fondos soberbios en «El Pueblo» de Valencia, que una gran multitud le sigue y lee, le comenta y le admira como a un tribuno, y como a un magnífico novelador. Las páginas magníficas de «La Catedral», hay que buscarlas en sus orígenes, en los artículos en que Blasco Ibáñez propugna porque ascendamos a las cumbres más excelsas de la Democracia, como un puente, presto y genial para irrumpir en otras alturas, agitadas por todos los aires benefactores de la Justicia. Y los combates ideológicos que se traban en «El Intruso» parten en dirección briosa y rectilínea, de aquellas sus arengas, en que el Dogma era destruido por entorpecer el tránsito angélico del pos-



fulado religioso más conmovedor que conocieron los siglos, y que solían provocar el entusiasmo en sus oyentes y correligionarios de los distritos del Museo y Vega alta y baja, que es, donde el republicano valenciano tuvo sus más fuertes baluartes, hasta el instante en que el tribuno abandona la ciudad, para buscar con su pluma, en horizontes insospechados, el beso esplendoroso de la Victoria. Por ello, no habrá en el futuro comentador alguno sobre su obra total y compleja por demás, que no tenga su más firme trabazón en estas impresiones nuestras y de tantos, y a las que precede siempre como un emblema sugeridor, el grito famoso de «El Pueblo» con el artículo de Blasco Ibáñez.

De aquí, parte ya para el Porvenir, desde el 900 hasta nuestros días, toda la lumbrarada espiritual que más tarde ha agitado a la multitud democrática de Valencia, no importa ya cual fuere su volición más excelsa (si confinada en el socialismo de Estado, o interpuesta entre el régimen capitalista y los ensueños justicieros de abajo, con sus derivaciones francamente sindicalistas y libertarias). ¡«El Pueblo» con el artículo de Blasco Ibáñez! Los exégetas del famoso escritor, da lo mismo que se muevan hacia la derecha que hacia la extrema izquierda, de no haber convivido esas horas febriles y entusiastas con sus partidarios, no podrán sostener nunca sus inculpaciones o sus denuestos, por faltarles el basamento ideal. Este no es otro que el de aquellos que, aún internados ya en otras latitudes más vastas que las de la simple democracia política, no pueden negarle al autor de «La Barraca» su forja exquisita de almas, cuyas, a partir de ese momento, se sienten ya envueltas por siempre en ondas de luz vivísima y centelleante.

¿Qué otra oración podemos ofrecer a su Vida y a su Muerte, que la de la gratitud, presente magnánimo, que solo un salvaje puede recusar? ¿Pues que sin su concurso, nos hubiésemos adentrado nunca en las complejidades de las obras de Nietzsche y Schopenhauer, Kropotkin y Zola, Voltaire y Benot, Spencer y Darwin, Victor Hugo y D'Annunzio? Si pues evocar placenteramente esos albores generatrices de nuestro pensamiento, es deuda que tenemos contraída con el Muerto, menos podemos silenciar ese momento precursor de nuestra rebelión, que ya había prendido en la ciudad toda, alterando su ritmo huertano y teologal, con las proyecciones exaltadas de su verbo, al que orienta siempre, describiéndole círculos luminosos allí donde se presenta, ese grito genesíaco para todos los que le evocamos vivamente y que no es otro que el de: «El Pueblo» con el artículo de Blasco Ibáñez.

TIPOS REPRESENTATIVOS DE LAS MUJERES DE  
BLASCO IBÁÑEZ

---

---



PEPETA  
DE  
La Barraca



# Pepeta

Cuando en el amanecer se funden el canto del gallo y el toque de alba que parte de los bronce de los templos, la esposa de «Pimentó» ya está en pje. Pepeta es el primer tipo representativo de las mujeres de Blasco Ibañez, y como verdadero valor emocional de la galería femenina de retratos, queremos engarzarla con Freya, la postrera y soberbia pincelada de su autor. Pepeta, es la campesina valenciana del 900: primitiva, sumisa al varón y a las costumbres y constreñida sentimentalmente entre las férreas mallas del dogma que, en ella, como en tantas, coharta el vuelo maravilloso de la libertad. Su psicología (oh, manes de Freud) es rústica, pero con todo, es superior a la de tantas mujeres supraestilizadas que no han aprendido, a juzgar por sus noveladores, más que a desnudarse con una gran rapidéz. Mientras Pimentó juega a las cartas y se embriaga y caza pájaros con lige, Pepeta, cruza por la Vida, atenta no más al ritmo familiar. Ella cose y lava y plancha y vende hortalizas en el mercado y reparte la leche de sus vacas por los barrios infectos de la ciudad, en tanto allá, en un rincón de la huerta luminosa, «el seu marit» tumbado en el suelo, contempla abstraído, como un musulmán, las maravillas de los Espacios. Pepeta, ni comparte los odios de la huerta contra Batisle, el intruso. Por ello, al morir el «albaet» ella es la primera en vestir al muertecito y envolverle con trapos y flores frescas del campo. Es el prototipo de la mujer campesina, leal, honesta y soñadora, y que hoy, al cabo de los años, aparte la falda restringida y los zapalitos de charol y el pelo corto, aditamentos de la civilización que se ha apropiado, continúa siendo mental y religiosamente, una mujer primitiva, a la que descartado el ajetreo de sus labores diarias y la obediencia ciega al marido, que es en ella, más que un culto, una imposición, no sabe más que resignarse en silencio, cualesquiera que fuere la devastación que cruce por sobre las almas y la campiña, eternamente renovada. Le tocó en suerte, como compañero, «Pimentó» y ni inicia el más leve gesto de rebelión. «Sa mare fón aixina; ella eu será també». Por ello, como en su corazón virginal no hay más que acatamientos fervorosos a la Divinidad, cuando estalla la tormenta en el firmamento cósmico y en el simplemente familiar, Pepeta, exclama compungida siempre, como si su evocación fuese un conjuro: «¡Ay Mare de Deu! ¡Ay Mare de Deu!».



ELEONORA  
DE  
Entre Naranjos

## Eleonora

En el silencio augusto de una madrugada, en cuyos perfumes desenfrenza ya la Primavera sus cantos elegíacos, Eleonora advierte a Rafael, que ella no cree más que en el Amor. Es inútil seguramente aguardar otros tipos de sociedad, más equilibrados, para que aquel brote esplendorosamente, por cuanto se dá en todos los momentos cumbres en que el corazón de una mujer se abre como un cáliz a su soplo, magnífico y fecundador. Eleonora ama el Amor, no al hombre, porque sabe que al final de sus vencimientos espirituales, sería encadenada como un siervo. Por ser artista, reverencia en la libertad de su pensamiento, que es el que determina el sendero por donde han de discurrir sus emociones. A veces, le tiembla en el ser todo, un ansia indefinible, y es forzoso que sea a menudo, hasta la Naturaleza, con sus avatares florecidos, la que le empuje a una nueva caída. Pero esto, en Eleonora, es transitorio. Está acostumbrada a que la aclamen los públicos, y si la Walkiria siente alguna vez desfallecimientos y se funde con la Ofelia de Shakespeare, en sus transitorios momentos sensitivos, pronto reaparece en ella el gesto enérgico de los triunfadores. Al fin mujer, cae en los brazos de Rafael y por unos días permanece más tarde en torno suyo, deslumbrándole con sus tesoros esculturales y el maravilloso gorjeo de sus acentos. Eleonora, como otros tipos, espiritualmente consanguíneos suyos, no se deja avasallar ni en un solo momento de su existencia. Por eso alcanza la Victoria, y en su actuación artística se entrelazan los más variados y esplendorosos laureles. Pero es mujer y tiene corazón. Rafael, ni aún en la escena memorable de la casita azul, se dá cuenta de que es Eleonora la que le ofrece pasajeramente los oros Inmortales del Amor. A Eleonora no se la toma por la fuerza, porque detrás de sus breves claudicaciones, está siempre resguardándola, Brunilda, la virgen salvaje de Wotan. Se entrega dulcemente, como la Elsa de Lohengrin, un momento no más, pero a seguida, recobrará su albedrío. Es una triunfadora por la voluntad. Va siempre a donde quiere. Es un grito genesíaco su vida toda de artista, que no pudo comprender nunca Tolstoi al introspeccionar ciertas vidas paralelas en Arte, porque el hondo misticismo del maestro ruso no apercibía esos frágiles claro oscuros de que necesita imantarse a veces el artista para escalar las cumbres. Estas no serán nunca poseídas por el llano. Por ello, despierta Eleonora a Rafael, en Madrid, al salir de una sesión del Congreso, con aquellas sus palabras, que aún siendo trenzadas con un cierto temblor sentimental, son como una nueva afirmación de su voluntad indomable y arrolladora.



FELICIANA  
DE  
La Horda

## Feliciana

En el interior de una fábrica de gorras, de la calle de Bravo Murillo, sueña en que por sobre el desamparo de su adolescencia, desvinculada de todo valor emotivo, se recorte el gran gesto consolador del Amor. Es honesta, ingénuo y sensitiva, esta obrerilla madrileña. Su perfil romántico no tiene antecedentes literarios ni en Dumas (hijo) ni en Alfredo de Musset. Es única Feliciana, como tipo novelesco, acaso por ser española y castellana, y al entregarse sentimentalmente a Maltrana, no influye en su corazón más que el impulso genesíaco que, como en tantas muchachas madrileñas, parte más que *del grito de la Especie*, de un fondo enormemente maternal que no acertó a ver Goya, y que en muchas mancebas y depósitos de cadáveres se puede muy bien coonestar. No sabe Feliciana, más que de sus humildes labores de fábrica, del gesto imperativo del «Mosco» su padre, y de las disertaciones democráticas de «El Federal» su tío. En cuanto a paisajes plásticos no dispone más que del campo yermo y desolado de Castilla, y como no hay sobre su espíritu, hasta que se presenta Maltrana, otra emoción vivísima que la de su mocedad, su sentimiento se desborda como ancho río ante el verbo exaltado del periodista, repleto de imágenes y perspectivas del futuro. Bien sabe Feliciana que no dispone su amigo de otro tesoro que el de su pluma, pero ella que advirtió hasta su voracidad en los almuerzos conque le regala el «Mosco» en su hogar, tiende sobre tanta indigencia el manto magnífico de su sensibilidad. Y consiente en que Maltrana la acaricie en plena Sacramental de San Martín, y la haga suya más tarde, sobre un ribazo, bajo el claror misterioso de las constelaciones. Feliciana entrega el corazón al Pensamiento. Pero, aún no son llegados los tiempos. Por ello, desde que escapa de casa de su padre hasta que se reúne libremente con Maltrana, en un cuarto de los alrededores de la plaza de la Cebada, no hay en su existencia, aparte momentos fugitivos de felicidad, más que un tremendo infortunio. Ha querido retar Feliciana a la sociedad con su amor y el Destino, que a juzgar por sus determinaciones no admite una sola transgresión de la Ley, la va a destrozár. Veda ya sobre un camastro en las Cambroneras. No puede ni balbucir palabra. En su vientre, combado, florece la gran rosa trágica de la Vida. Feliciana, enmudece. Ni intenta el alzarse contra tanto desafuero. Y cuando Maltrana, el infortunado, la deja en el Hospital, aún envuelve con una mirada enorme de ternura a su Poeta. Y al expirar más tarde, sobre un lecho lancinante, donde una cifra indica al Estado que ha muerto una mujer por faltarle lo más indispensable, aún abre Feliciana los brazos, como tratando de retener por última vez aquellas palabras luminosas de Maltrana, que tuvieron aníaco, en su corazón, idílicos resplandores de Amanecer.



SAGRARIO  
DE  
La Catedral

## Sagrario

Por primera vez en la novela española, aparece Sagrario, fatalmente inclinada al *sentimiento libertario del Mundo*. Esta muchacha toledana, emparenta espiritualmente con «Celia en los Infernos», de Galdós. Si esta es socialista por un principio intelectual de misericordia, de la parte de su corazón, aquella es libertaria por el imperativo de la sociedad que le ha destruido, y el gesto magnánimo de Gabriel, que la afina en el credo revulsiónador de tanto prejuicio estéril y retardatario. Apenas si tiene voluntad. Se la constriñeron violentamente apenas florece en su alma la ilusión. Junto a «Vara de palo» su padre, no aprendió más que a obedecer. Paseando por los claustros altos de la Catedral, no percibió desde niña, más que el rumor confuso y beatífico de las oraciones. Del mundo, no logró más que ciertas emociones convexas, que las campanas del templo famoso esparcen con sus voldeos, en toda dirección. Era una iluminada sin murmullo exterior. Este se presentó un día, personificado en un cadete. En la Primada la moza bellísima y casta hasta en sus movimientos espirituales, supo de la Vida por el aire marcial y pinturero del militar. Y por los vuelos del corazón, desbordado intensamente, traspasó los muros de la Imperial ciudad y arribó a la Corte. No tuvo ésta para la virgen cristiana, reverencias de Versalles más que en los primeros meses. Llegó luego el abandono y como término del crimen pasional la mancebía. Allí sufrió, como Nuestro Señor Jesucristo, el peso infamante de su cruz. Pero del madero alucinante, la arranca Gabriel, su tío. Y vuelve destrozada a las Claverías. Es un espectro que anda. Como a Gabriel, le han mutilado el cuerpo, pero no el corazón, que aún sueña y dispone de alas para remontar el vuelo por horizontes insospechados. Y por sobre el imperativo ultramlenario de la sangre, el Amor, que es Intransferible, y que por ser profundamente espiritual, no acepta imposiciones de la materia, culmina en su existencia, en un alardecer lento y místicamente embrujador en que se funden los oros de la tarde que muere, con el verbo de Gabriel, que disuelve también sus oros sensitivos en el crepúsculo de la vieja sociedad capitalista. Y Sagrario advierte, como hasta cerrando los ojos su compañero, en la enfermería de la cárcel, es ese Amor que se va con él y queda ya por siempre en ella, lo único que palpita fuertemente y de forma impoluta, bajo la Inmensidad.



DOÑA SOL

DE

Sangre y Arena



## Doña Sol

Su nombre es ya un acierto. Y un símbolo también, porque acaso, en Sevilla más que en ninguna otra tierra, puede sentar sus reales doña Sol, aunque sea solo transitoriamente, por su belleza y desentado. Vedla en el interior de la parroquia de San Lorenzo. Su figura alta y esbelta y sus cabellos rubios, enmarcando la frente, como un afrón de gentileza, causan asombro entre el montón abigarrado de los fieles. No sabemos si flembla estremecida su sensibilidad, ante el Cristo del Gran Poder. Es posible que se sienta reconfortada al mismo tiempo, frente al cantor inefable de la dulcedumbre en el Amor. Por un instante, sus pupilas, abiertas siempre como una Interrogación, se fijan en Juan Gallardo. El torero flembla sobre sus piernas, ante el rostro, portentosamente bello de la sobrina del marqués de Moraima. La aristócrata sonríe complacida ante el bestiarlo y le incita con sus miradas. Es un alto en el camino. Doña Sol es una iluminada en la tierra cónca-va de las Españas. En su espíritu no se perfila nunca el ritmo desolador de la servidumbre. Otro orfebre que no fuese el magnífico que la cincelara, hubiérela convertido en un muñeco de trapo, en una de esas nuestras heroínas literarias, que, o caen al primer empujón, o, de resistir, confinan en un convento. Doña Sol, mujer fuerte y serenada por los ambientes culturales y libres de Europa, no cree en las proyecciones fantasmagóricas del Deshonor. No comprende la bella sevillana como el delito se acerca en la mujer, y fórnase ingrátido en el hombre. Es una caprichosa, según el vulgo. Para sí misma, una heroína en el Amor, muy dueña siempre de sus destinos. En su corazón, azotado por todos los latigazos del Ensueño, prenden las más variadas y trágicas fluctuaciones sensitivas. Por ser una *perdida*, reverencia en el peligro. Y cuando en un momento inminente, la salva con su chaquetilla de la res, Juan Gallardo, siente doña Sol en las vastedades pintorescas de Tablada, como de nuevo muerde su ser todo, la serpiente diabólica del Capricho. Ha contemplado a Juan Gallardo y le parece un tipo interesante. Con ser un torero, le empuja al momento inicial. Ya lo tiene entre sus brazos. Ya ha engendrado en el alma rústica de Juan Gallardo, un nuevo sentimiento indefinible que, en ella, se ampara siempre, en esos momentos decisivos, en el rumor maravilloso de la Música. Su temeridad incítele a ir al encuentro del Plumífero. Y cuando agote su nuevo caudal emocionador huye de Sevilla y de Juan Gallardo. Sabe que de no interrumpir el Idilio, no recobrará ya su libertad. Es el signo más fuertemente grabado en su mente. Por ello, parece que sonría entristecida, cuando desde un palco de la plaza de toros de Madrid, advierte como le gritan a su *mataor*. Verdaderamente era un infeliz, exclama para las soledades de su espíritu, doña Sol. ¿Qué importa que, embrujado Juan Gallardo por su pasión devastadora, caiga deshecho por siempre sobre la arena candente del circo, en tanto doña Sol, continúe su peregrinación de hembra libre y triunfadora? ¿Acaso no le hubo de advertir ya doña Sol al torero, y Sevilla entera más tarde, que era aquella una cumbre incendiada por el Sol del Amor y que transcurrir sobre la misma, era exponerse a perecer, por no poderse franquear a veces ciertos abismos?



FREYA

DE

Mare Nostrum

# Freya

No cuenta para triunfar más que con su belleza deslumbrante, y aunque ha andado de un pueblo a otro, y posee unos cuantos idiomas y una cierta claridad intelectual, no puede imponer totalmente sus fuerzas por faltarle la clave del mundo: el oro. ¿Llegará a poseerlo en abundancia? Difícil es su anhelo sino se hunde en los abismos insondables de la Fatalidad. ¿Pero, es que en ciertas criaturas existe algo ordenado, preciso y honesto, combatiendo el desorden interior que puebla el alma? Aquí se afianza la sorda tormenta que avasalla a Freya. Quiere el dominio, sea como fuere. ¿Lo obtendrá la bellísima amante de Ulises Ferragut? Es posible que la Vida la destruya antes que observe conmovida en su corazón, el idílico Amanecer. Y, es triste por demás que ello suceda así, porque Freya, es un tipo magnífico de selección. En el siglo XV, hubiera sido quemada por bruja, por dialogar con las larvas que inundan los Espacios; en el XVII, acaso hubiese llegado a sobrepasar en celo religioso, a Santa Teresa de Jesús; en el XVIII, es posible que hubiese orientado a los comunistas parisinos, con la antorcha de sus ojos por entre los laberintos de la Monarquía de los Luluses... Pero, su perfil es del siglo XX y la Gran Guerra, le absorbe con sus imperativos. Como determinante fisiológica, reverencia no más en el Dinero, luego de haber cruzado distintas tierras, como hembra hermosa y como cantante. Pero, advirtió Freya siempre, que de ella, admiraban no más el perfil maravilloso de su cuerpo. Ha nacido sólo para embrujar. Por ello la retienen junto a sí la doctora Fedelmann y Von Kroner. Y, sin pretenderlo, se convierte en espía, al servicio de Alemania. Le dá lo mismo un país que otro, por cuanto aspira tan solo a que retribuyan espléndidamente sus servicios. Es mediterránea por el corazón y germana por las voliciones de su entendimiento. Al encontrarse con Ferragut, en el Acuario, avanza primero la Italiana que la espía a ofrecerle su beso avasallador. Al envolverle más tarde con sus caricias, una madrugada en un Hotel de Nápoles, ha puesto Freya, sin presintirlo, el corazón sobre el pensamiento. Pero queriendo donar a Ferragut, el tesoro de sus gracias, le inclina al abismo elucicante de la Muerte. Es preciso que sea ello así, porque Freya, por sus constantes confluencias al Peligro, lleva la Intrusa en sus entrañas. Lo que no creyó nunca es que se dejaría abofetear por un hombre. Vedla pisoteada por el Capitán. Ni protesta. Sin pretenderlo, se ha enamorado fervorosamente del héroe obscuro del Mediterráneo, que la ha dominado con su bravura. ¡Pobre Ferragut! La Rubia, le será fatal. Al mismo tiempo, Freya, la sojuzgadora, caerá destrozada por el más vulgar de sus adoradores, pues ella hubo de recurrir a Príncipes de la sangre y de la elegancia, en sus correrías. ¡Complejidades del Mundo! Ya está cercada de enemigos. Ha derramado el mal por doquier y no puede evadirse. Ni lo intenta. ¡Busca ya, desesperada, a la Muerte. Vedla ya entre fusiles. Redoblan los atambores. Vибran los clarines. Freya, sonríe hasta en sus últimos momentos. Sus matadores, asómbrense de su gallardía. ¿Aceso no era una mujer excepcional? ¿Suena una descarga y Freya, la maravillosa, es ya un pelele frágil y sin vibraciones.

## El motivo central de su obra

---

Un libro o varios son imprescindibles para registrar hasta en sus más íntimos motivos emocionales, la obra total, varia y profunda de Vicente Blasco Ibáñez. Desde «Cosas de hombres» hasta «El despertar de Buda» postrera narración breve esculpida por el gran escritor, toda la obra de Blasco Ibáñez, con sus movimientos reflejos y sorprendentes, es una maravilla. Habrá suspicaces que sonrían ante ciertas comparaciones descriptivas del maestro: Azorin, en «La Voluntad» primera edición no corregida aún, y ateneistas, como Manuel Azaña, que afirman que aquel no tenía estilo, no faltando el insurgente hostil a todo movimiento espiritual de luz, que proclama pedantescamente que la lectura de los libros de Blasco Ibáñez, sorprende no más por su primera impresión, olvidando el taciturno flagelador de todo lo que a él no se refiera, que eso mismo suele acontecernos a muchos de los que leemos sus novelas, entre las cuales, a veces, tiene uno que ir recorriendo trescientas páginas para enterarse de las inocentes reflexiones de su protagonista, quien, a través de locuciones extrañamente obscuras y sin filamento clásico ¡oh, manes de Nietzsche y de Pascal! nos aburre con sus correas, que confinan en el enlace con una huertana, luego de haber apostrofado torpemente a Cristo y a Mahoma, a los republicanos y a los levantinos, como si todo este cúmulo de majaderías, tuviese relación alguna con el arte nobilísimo de escribir.

Enjuiciar certeramente al escritor valenciano no es tarea fácil, porque su obra polifónica y desordenada, no tiene par

en Europa, excepto en lo clásico (listamentos maravillosos, como frisos y como arcos, en Anatole France y Grabriel D'Annuncio, Paul Bourchet y Ricardo León). En nuestro país dicho sea sin ánimo de ofender a nadie, existen bien pocos libros, capaces de arrebatarnos por su concepción profunda y adecuados movimientos estéticos complementarios. Inútil explicar que nos referimos a la novela, que no es precisamente la disertación artificiosa y prolongada de tanto escritor, cuyo tránsito del artículo periodístico a la novela, no puede ser más deplorable, pese a los sueltos encomiásticos de muchos periódicos, redactados a veces por ellos mismos. Descartad el genio dulce y frondoso de Pérez Galdós, «El Escándalo», de Alarcón, «Pepita Giménez», de Valera, «La Regenta», de Clarín, «El sabor de la tierruca», de Pereda, «Marta y María», de Palacio Valdés, «Dulce y Sabrosa», de Octavio Picón, «Aurora roja», de Baroja, «Duelo a muerte», de Zamacois, «La Altísima», de Felipe Trigo, «En tierra de Santos», de Insúa, «Alma viajera», de José Francés y «Alma de santa», de Eugenio Noel, como cumbres del llano novelesco español (aparte las maravillosas Sonatas de Valle Inclán) y ya es difícil hallar una tan soberbia forja de novelas, como la que corresponde por derecho de autor, a Vicente Blasco Ibáñez. Y ni por asomo, permitid este inciso, una actividad tan portentosa en Nuestras Letras, desprovistas de ese clamor imponente de humanidad que ha elevado en cierto tiempo, a Shakespeare, a la literatura francesa, y a la rusa, alturas inaccesibles. Arguiréis quizá que a menudo, salta la pasión en los libros de Blasco Ibáñez, y en ocasiones, el partidismo, mas es probable que esa su exaltación sea el principio inmanente de sus victorias, por cuanto sin esos fuertes movimientos convulsionadores, no hay Vida, sino una contracción tristísima de la misma. Ese ímpetu arrollador de Blasco Ibáñez, es imposible poscerlo, si no retiene el corazón un caudal, enormemente sensitivo. La pasión es el Alma

del Mundo y en tantos unos la buscan, otros se sienten envueltos por sus ráfagas reconfortadoras.

Los modernos autores rusos, son una transparencia del paisaje físico y del paisaje social. Arremolinados ambos en torno suyo, al tratar de introspeccionarlos, encontrábase dominados por sus derivaciones, desoladoramente humanas. Las ideas socialistas y libertarias habían cruzado ya por San Petesburgo, Odesa y Moscou, impidiendo el que se perfilaran hasta los contornos del liberalismo. Cuando Kerenski, intenta trasplantar a su pueblo un cierto pseudo-socialismo intelectual burgués, que parte de la Trade-Unión, inglesa, han resonado ya por sobre toda Rusia, las voces místicas de Tolstoi y de Gogol, las arrebatadas por el entusiasmo, de Turgueneev y Dostoiewski, y las hondamente persuasivas, de Leónidas Andreiev y Máximo Gorki. En los dominios del Imperio, la Siberia y los tremendos suplicios del siervo, buscan anhelosamente al escritor, ofreciéndole sus cuadros murales indíscritibles. En España, y bajo el dosel esplendoroso de los Espacios, descartados ciertos grupos políticos y sociales, eternamente protestarios, no hay más que muchedumbres amorfas, sin contenido genesíaco ni crispaciones dramáticas, que ya de por sí rechazan a todo escritor, que no exalte sus más genuinas representaciones plásticas, sobre los planos de la Historia: el patriotismo, desvinculado de toda norma honestísima y el deplorable instinto sensual, y a los que escoltan siempre, el Gran Capitán y Don Juan Tenorio. ¿Es hacedero entre nosotros, que surja hace treinta años, el Emilio Zola, cuando las ciudades españolas son como inmensos relicarios de la Fé, o vastas latitudes decrepitas y sin temblor intelectual alguno? ¿Dado el ambiente restringido de nuestras Provincias, azotadas a veces, por las sublevaciones y otras, por cierta indiferencia, precursora de muerte, es fácil que irrumpa en el solar nacional, y como un trueno, un literato?



Si el lector se inclina fervorosamente a todo principio de equidad, convendrá en que frente a los artículos de Larra y los versos de Bécquer, los discursos de Emilio Castelar y las narraciones de Fernández y González, no podía perfilarse como un símbolo más que un escritor, en quien fuese a la vez garra, su pluma, y un alarido de la Naturaleza, quien la retuviera en sus manos. ¿Donde está el mentado revulsionario? ¿Lo sabe alguien por ventura? Aparecerá sin duda, porque el momento tiene cruces, fatalmente históricos en nuestra literatura. No es posible hallarlo en las orillas del Manzanares, o paseando por las Ramblas, en las márgenes del Guadalquivir, o discurrendo por el Coso. Por fuerza ha de surgir en Valencia. ¿Por qué? preguntará asombrado algún cándido lector. ¿Cómo se explica tamaño desafuero? inquirirá sentencioso, algún pedante. Escuchad. En torno de Blasco Ibáñez, apenas siente crepitar su mocedad, se confunden sin fundirse nunca, la Huerta, el Mar, y la Ciudad, los tres principios cardinales de la Creación. (Omitimos la luz magnificante de aquellos ambientes, por parecernos un resultado del abrazo del Sol, con la tierra, eternamente renovada). La Huerta, pródiga por el esfuerzo de generaciones de campesinos le perfila otras tierras estériles, por sobre cuya superficie no discurre gozosa el agua, con su rumor cantatriz, ni éntrase por sus hendiduras, el grano, maravillosamente engendrador. El Mar, con sus dulces transparencias y su inmovilidad sacrosanta, cual si fuese a veces, una plegaria ondulante y gigantesca, por los tristes destinos de la Humanidad, le hace vislumbrar rutas inmortales, pobladas en todo tiempo por los signos esplendorosos de la civilización. La Ciudad, que es el puente extendido entre la Huerta y el Mar, le sugiere posibilidades asombrosas, que aún no acertó a plasmar en los ritmos acelerados de su corazón.

¿Comprendéis por qué Vicente Blasco Ibáñez, ha de ser empujado por esos imperativos del Mundo del Pensamiento,

que son la Huerta, el Mar y la Ciudad? ¿No habéis escuchado en ciertos momentos, voces generatrices que os invitan a marchar contra todos los obstáculos, obedeciendo ciertas voliciones, que os parecen suprasensibles, no porque procedan de latitudes supratereñas, sino por estar forjadas entre el ambiente que nos circunda y quien a su vez, quiere ser también transformado? Esas voces, altamente dramáticas y sensitivas, suele oirlas Vicente Blasco Ibáñez, cuando aún su juventud tiembla estremecida de emoción, frente a tanta epopeya como es forzoso realizar en el mundo. Ellas le confortan, le sugieren, y le empujan hacia todos los abismos y hacia todas las cumbres. La Huerta, le susurra compungida: «Esas grietas interminables que adviertes sobre mi superficie, como estrofas de un Poema sutilísimo, que nunca comprenderán los hombres, fueron abiertas por multitud de antepasados tuyos, que las hicieron germinar para que *el hombre moreno del Mediterráneo* no percibiera nunca en torno suyo el crepitar de la Sequia, que convierte en hordas extenuadas y haraposas, a los moradores de otras tierras que tú no desconoces y que esperan ha mucho tiempo, desesperanzadas, el conubio de la Tierra con el Sol. Anda en su busca e incítale a preparar su Resurrección, porque Germinal, es un grito heroico y triunfador que puede convertir las profundidades oscuras y silenciosas en largas galerías subterráneas, iluminadas y estremecidas por el Cántico genésico de la Fecundación». Le dice el Mar, con susurros desconcertantes: «Yo soy el Mediterráneo, el mar del Ensueño y de la Meditación. Los tirremes griegos, os ofrecieron las primicias del Arte y los contornos estéticos imborrables, que aún se manifiestan en los rostros primorosos de vuestras mujeres, en cuya piel se transparenta el coral, tornasolado por la lumbrarada mítica del Sol. También os ofrecí las ejemplaridades clásicas de los pensadores romanos, de tal forma interpuestas en vuestra alma, que no obstante los arrebatos musulmanes que



son tan comunes, un gran temblor religiosamente ideal palpita en los mármoles de vuestros edificios venerandos, y en vuestra vega incomparable, que semeja a menudo, por la dulzura inefable que se derrama místicamente sobre la misma, una imponente Oración». La Ciudad, le implora acongojada: «Contempla esas callejas interminables, sucias y sin ornamento alguno, en sus bajos y en sus altos. Penetra en esa muchedumbre, rezagada espiritualmente, que tiembla ante la tormenta cósmica y se estremece ante la conmoción sagrada del Pensamiento. Adéntrate en las profundidades del suelo que me sustenta, y percibirás en sus fosas, treman-te chocar de huesas e invocaciones que parten de espíritus excelsos, olvidados ya por completo, por esta generación. Evoca si pretendes seguir rastros luminosos, aquellas ciudades de la Antigüedad, que fueron incorporadas a la Historia, por ser Emporio de grandezas y Cruceros magnificentes de Arte. Anda, no vaciles. Empújame hacia el Porvenir y no temas, que un advendrá en que yo esculpa en los mármoles y en las almas, los signos generatrices de la Victoria, para perpetuar tu nombre».

¿Concebís por qué es fácil fundir en un hombre, tanta volición excelsa y tanta arrebatadora inquietud? La tierra esplendorosa que en torno a Blasco Ibáñez, desenvuelve sus avatares prodigiosos, le fuerza a saturarse de su savia arrolladora, y como tiene junto a sí al mar, que le envuelve con el rumor de sus caminos inmortales, imantados por doquier, de heroismos, al entrar en la ciudad tiene siempre presto el gesto imperativo y la palabra incisiva y fascinadora. Su alma pasional se ha embebido en las lecturas de la Revolución francesa, y hasta es posible que Michelet (el entusiasmo en mangas de camisa, según Nietzsche) le haya infundido el soplo vivificador de la epopeya romántica del antiguo cajista, dominado siempre por la evocación de los grandes hombres. Su mente, se ha empapado con la visión retrospectiva de las

inquietantes vidas paralelas, de los antiguos y modernos tiempos. Su voluntad siéntese acrecida frente a los perfiles de Esquilo y Alejandro el Magno, Cristóbal Colón y Balzac, Napoleón y Roger de Flor, que hubieron de sembrar de recuerdos imborrables las colinas del Arte, la Expedición y el Heroísmo. Sabe que dada la contextura raquítica de su pueblo, le será imprescindible darse a la política con el fervor de un iluminado. Vedle en la tribuna, con su traza árabe, y su amplia frente, y los brazos, recortándose en el horizonte, en tanto a sus pies, la muchedumbre, enardecida, conmuévase ante sus gritos magníficos de combatiente. Este es el motivo central de su obra. Su Voluntad, a la que empuja siempre la Pasión, es el imperativo formidable de sus Destinos. De madrugada traza sus primeros bosquejos literarios. No es precisamente un orfebre. Ese crujir lento y armonioso de los vocablos, como tendidos dulcemente sobre una tela impoluta, no le seduce. Es un convencional, y al escribir «Flor de Mayo», «La Barraca» y «Cañas y barro» su pluma, como pesado azadón, se hunde en las entrañas de los pueblos. Cuando sus protagonistas intentan erguirse, como en tanta novela amorfa que rueda por esos mundos, la avalancha de los acontecimientos los sepulta, sobresaliendo no más sus gestos más precisos, arrastrando tras de sí, el íntimo temblor de su personalidad. Escribe artículos, perora y organiza un partido; crea un periódico: «El Pueblo» y una editorial, hoy, de Prometeo, ayer, de Francisco Sempere y C.<sup>ª</sup>. Vuelve a delimitar el plan vastísimo de sus novelas. Y, aparecen vibrantes como himnos y arrolladoras, como una tromba, por *el estilo*, «Cañas y Barro» y «Sónnica la Cortesana». Atrás quedan rezagados sus cuentos famosos, «Arroz y tartana» y sus primeros esbozos novelescos.

Recorre España de un extremo a otro y junto con sus amigos, forja La Unión Republicana. Va al Parlamento, tiene desafíos, se encrespan las pasiones en torno suyo, brota la

rebelión, encarnada en Rodrigo Soriano, se le niega hasta la virtud de su germinar, magníficamente literario, se le apostrofa por críticos venales, que ni aún ahora se dan por vencidos, se le dice que no es suyo el argumento de muchas de sus novelas, funda la Universidad popular, la Biblioteca de la Casa del Pueblo, solidifica los contornos de una institución marítima, con la vejez relacionada, traduce la «Geografía Universal», de Elíseo Reclús, «La Historia de la Revolución Francesa», de Michelet, «La Historia de la Revolución Francesa», de Juan Jaurés, y entre tanta portentosa actividad, ni se desvanece su genio, ni siente conturbado trágicamente el corazón. Ha cumplido con su deber estoicamente, como los héroes esculpidos por Plutarco. Ha devuelto a la Huerta, al Mar, y a la Ciudad, sus percepciones proféticas, donándoles como ofrenda inmortal «La Barraca», «Flor de Mayo» y «Arroz y Tartana». De pronto, da un salto de tigre. ¿Qué hace tanto literato en Madrid, exaltando hasta la saciedad, la Bombilla, las Cuatro Caminos y los Cafés galantes? ¿Es que no hay problemas gigantescos que transparentar? Y se plasman sobre la realidad literaria de España, «La Maja Desnuda» y «La Horda». Pero eso, no basta. ¿Y Castilla, y el resto de España? Y aparecen «La Catedral», monumento insigne, pese a sus disertaciones, «El intruso» y «La Bodega», perfilándose otra vez los contornos maravillosos del Triángulo, en el campo jerezano, la ría bilbaina, y la ex-imperial ciudad.

¿Queda algo por describir entre nosotros? El sólo lo sabe. Y marcha a Palma de Mallorca, a Turquía, y a Gibraltar, y nos ofrece «Los Muertos mandan», «Oriente» y «Luna Benamor». Un breve descanso. España no brinda a un gran escritor horizontes ilimitados. Ensayo un viaje a la Argentina y tras su exaltación a las tierras codiciadas, emprende de nuevo su genio aventurero, otra empresa, que no es extraña tampoco a las demarcaciones de la Literatura. E intenta

crear dos nuevas ciudades, en cuyo frontispicio, aletearán dos nombres imborrables para el escritor: Valencia y Cervantes. El éxodo es trágico. Otra vez el silencio. El titán descansa, contemplando los confluentes de corrientes caudalosas. La Pampa enorme le fascina con sus latitudes. ¿Que otra empresa prepara? Unos cuantos años ha permanecido ociosa su pluma. Es imposible presintir sus nuevas fluctuaciones. Pero a poco, surgen «Los argonautas». En el título cabrillea toda la esencia de su fundamento. Cruza por sobre sus páginas el hormiguero humano de los soñadores, los rebeldes, y los artistas. Pero de pronto, la Tierra toda, se estremece. El Clarín vibra intensamente, como si se desgarrasen las entrañas del Mundo. Ya están ahí los bárbaros, empuñando el martillo de Tohor, como afirmaba Heine. Ondea a los horizontes todos, la bandera tricolor, que evoca a Platón y a Grecia y a los Derechos del Hombre, como implorando el auxilio de todos los seres libres. La Guerra muestra su perfil siniestro, y en tanto por la frontera oriental prusiana, avanzan los cosacos, en las mismas puertas de Bélgica, acampa compacto, aguerrido, y desafiador, el grueso del ejército alemán. Tiembla París. Y el alud alucinante que describe San Juan, domina los contornos todos del Universo. El escritor valenciano queda inmobilizado por la sorpresa. Pero a poco reclama una pluma y ésta se convierte en lanza. Es ya un visionario más. El pueblo que le ofreció sus primeras emociones universales, está en peligro. La patria de Víctor Hugo, que hubo de condecorarle con la Legión de Honor, agítase empavorecida ante el enemigo secular. ¿Y él, Vicente Blasco Ibáñez, va a estar indeciso, contemplando indiferente el tremendo combate, tras el cual, rodarán por el suelo, Imperios que parecían inexpugnables, y la roja bandera proletaria, ondeará sobre la sangrienta fortaleza de San Pedro y San Pablo? ¿Acaso, no es él republicano y se conturbó siempre su corazón ante la Libertad? ¡Cristo! ¿Y por sus arterias, corre caudalosa, la san-

gre mora? Entrase como escritor por entre las trincheras y sus pupilas ojean y registran todos los horizontes y todas las profundidades. A poco surgen «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Paris está lleno de escritores. Algunos alcanzan ya con las manos la inmortalidad. Pero ha de ser forzosamente un español el que cree la novela de la Guerra. Continúa la lucha sangrienta en la Tierra, en el Cielo y en el Mar, y ni un instante detiene su pluma, que sigue forjando nuevos libros, «El paraíso de las mujeres», «La tierra de todos» y otros, entremezclados con narraciones breves, que aparecen en distintas publicaciones europeas, destacando entre todas, «Noche servia» de la que nos decía, Amichatis, el popular escritor barcelonés, que era paralela en emotividad a las más impresionantes de Maupassant. Perfilándose áureamente sobre aquéllas, sobresale «Mare Nostrum» que cierra el ciclo portentoso de sus más intensas narraciones, y donde, en torno a la guerra submarina compone Blasco Ibáñez, pasajes y siluetas, que al ser auscultadas severamente, ofrecerían material abundante para un volumen.

La Guerra ha terminado, y el novelista continúa escribiendo hasta que emprende su famoso viaje alrededor del mundo, que tres tomos más tarde, se encargarán de difundir por la tierra toda. ¡Otra vez la labor interminable. Comienza su postrera fase novelesca! Y con «El Papa del mar» y «A los pies de Venus» intenta revalorizar ciertos prestigios históricos nacionales. En sus cabellos, un tiempo alborotados, como una transparencia de su alma tempestuosa, florecen ya unas hebras blancas. Pero, frente al Porvenir, sonríe estremecido de gozo, el escritor. Avasalló tantos obstáculos que ni teme a la Muerte misma. La Victoria no ha podido ser más esplendorosa. Una vez más se comprueba que a la Vida, se la conquista por la violencia. Vicente Blasco Ibáñez, es una fuerza de la Naturaleza. Pero ésta está también limitada por el Tiempo. Ya se quiebran los ritmos inmortales,

Sobre Menton, se recortan las aves del Misterio, escoltando a la Intrusa. Su revuelo pone espanto en los espíritus. Ya tiembla el Coloso... Sus pupilas, empañanse vidriosas y fatalmente agoreras. Detened las lágrimas y apretáos con fuerza el corazón. El momento culminante se acerca. La Muerte avanza en silencio, y como asustada de su propio desafuero. Pero es preciso... Los ortos trágicos y esplendurosos a la vez, de la Eternidad, se han de cumplir. ¡Salve, invicto Capitán de los Tercios Literarios de España! Aún sonríe el Maestro al rumor epitalámico del mar, que le ofrenda sus últimos arrullos. ¡Ya está....! Ya envuelve a Vicente Blasco Ibáñez, el rumor pavoroso del Océano de la Muerte. Lentamente va hundiéndose en las corrientes inmortales. Y como evocando la tragedia maravillosa de Ferragut, en el «Mare Nostrum» aún murmura dulcemente, como en una imploración: Anfitrita... Anfitrita...





## HACIA LA INMORTALIDAD

---

Enero, el mes. En el lugar en donde nos hallamos y hemos escrito estas cuartillas, el frío es intensísimo. Una gran niebla cubre las calles. Inconscientemente hemos abandonado el café, en el que no hay otro himno que el de los gritos de los que, tratando de liquidar viejos agravios, depositan con fuerza las fichas del dominó sobre el mármol vetusto de los veladores. Por nuestra frente cruza agorero, un pensamiento obsesionante. Acaso la hebra desprendida de no se sabe que aparato receptor, forjado con hilos cuantiosos e invisibles, sea como un presentimiento. El corazón está triste y una honda pesadumbre orla la frente. Exclamaba a veces Emilio Carrère, el admirado poeta, en el Café Varela, de Madrid: ¿Habrá voliciones supra-terrenas que respondan a una orden y son en torno nuestro augurios, a veces, y otras, afirmaciones rotundas de la Inmortalidad? Si, amigo inolvidable: El Misterio no es una fábula ultramilenaria, cuya narración han idealizado en nuestros tiempos, Maeterlinck, con sus estrofas, y Allán-Kardek, con sus disertaciones. Porque los puentes tendidos desde la Eternidad sobre las riberas de este nuestro viejo y desolador panorama humano (el que comienza en la tierra y termina plásticamente en el horizonte) fuérazanos a penetrar hasta el aura sutilísima de las distancias, yo, apenas si he sentido conmoción alguna al escuchar en una redacción de periódico, y por conducto del teléfono, estas inquietadoras palabras: Vicente Blasco Ibáñez, ha muerto.

¿Por qué violentar ni con el pensamiento los Destinos inexcusables? Reverenciamos el legado sensitivo del Muerto y apresurémonos a conmovernos de gozo, frente al crepitar de los leños de la gran hoguera pasional del Mundo. Y a continuación andemos con paso seguro y firme hacia el Porvenir, llevando en alto nuestro Pensamiento, como una antorcha gigantesca, cuyas proyecciones aventen las sombras alucinantes de toda encrucijada. ¡Vicente Blasco Ibáñez, ha muerto! La nueva es tristísima por demás y en cada zona política o social tendrá las repercusiones adecuadas. Las tiene que haber por fuerza.

simplemente literarias y enormemente sensitivas. Las primeras, serán condicionadas por la Historia (no la que fragüen comentadores banales o repletos de estúpida vanidad) al traspasar las fronteras Hispánicas; las segundas, al retrepase en los muros de la nacionalidad, contendrán aún por mucho tiempo los signos fervorosos de la admiración, pues no estamos tan sobrados de ingenios para olvidar tanta página dramática incomparable, o soberbiamente descriptiva. Pero aún existe otra demarcación más bellamente emocionante, donde la obra del Muerto, tendrá resonancias austeras a lo largo de los siglos: la que corresponde a Valencia, la ciudad que no puede olvidar nunca, no solo a su cantor formidable, sino al que hubo de introspeccionar magistralmente hasta sus voliciones más íntimas, para que el mundo todo supiera a través de las páginas de sus novelas, de las almas, los paisajes y las costumbres de esos pueblos que, comenzando en el Cabañal (alborear místico e ingénuo de la ciudad sobre el mar) suelen terminar en Alcira, exaltación genesiaca y maravillosamente cantatríz de la tierra valenciana, que tiene en la población ribereña caudales de claror inmarcesible y huertos frondosos, extendiéndose como normas patriarcales de reverencia hasta los mismos pies del monte, que es, un poco más allá, en Játiva, como un florón heráldico de la histórica grandeza de la Provincia.

¡Vicente Blasco Ibáñez, ha muerto! Cuando se vá de entre nosotros un Artista, cualesquiera que fuere, no hay alma sensitiva que no se estremezca. Cuando un Virtuoso de las luchas humanas nos deja, hay por sobre todo corazón, un rauda y trágico batir de alas, como si en torno nuestro revoloteasen los pájaros de la Desesperanza. Pero cuando a una ciudad, enormemente emocional como Valencia, se le arrebató un hombre como Vicente Blasco Ibáñez, la crispación dramática ante La Muerte, no es un grito convencional, sino un alarido contra la selección desordenada del Destino. Porque siendo caudalosa siempre la corriente de la muchedumbre, en sus confluencias al Océano Social, dada la raquílica estructura de nuestras masas, fáciles no más, aparte los grupos exquisitos, a la satisfacción de sus instintos, no es posible permanecer inmovilizados por la indiferencia ante la muerte de Blasco Ibáñez, como cuando desaparece por el agujero de una tumba, cualquiera de esos nuestros semejantes, a los que les basta una simple fecha en el registro civil para que se enteren sus coterráneos de que hicieron vida común con todos. Valencia debe envolverse con sus lutos más preciados, si no por el postulado político de su primera juventud, sí por los magníficos libros que la donó, juntando su nombre al de la ciudad. Y aún habrá veces en que será forzoso fundir al po-

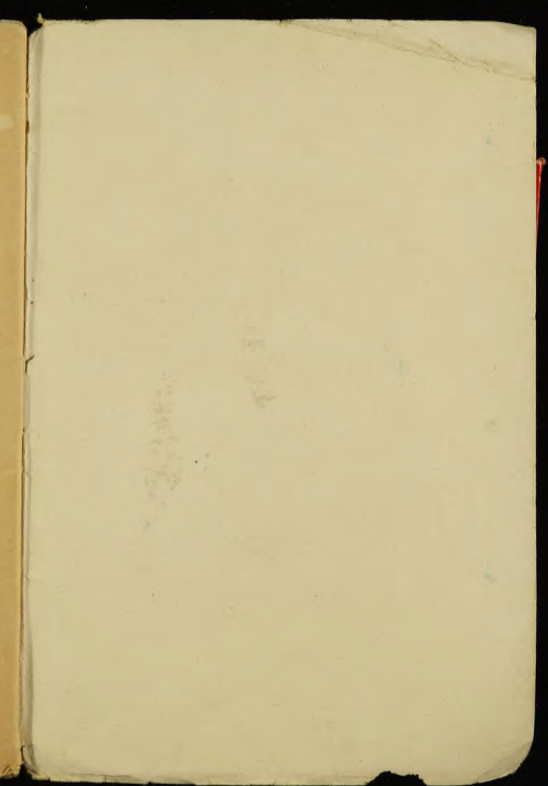


lítico y al escritor, por ser difícil hallar una sola de sus páginas que no esté estremecida por un fuerte ramalazo, humano y fructificador. ¿Qué importa la indiferencia de unos cuantos ante el fervoroso acatamiento que muchos le han de otorgar aún en el futuro? ¿Qué nombre salta jubiloso de entre las páginas de la Historia Provincial, a partir de esa edad intermedia entre el mundo viejo y el nuevo, que conmueva más profundamente al pueblo valenciano, sino en su totalidad, en gran parte de sus integrantes étnicos y geográficos? Descartad a San Vicente Ferrer (regueros de apostolado indescriptible, iluminados por la fé) a Guillén de Castro (tornasolada visión plástica de la farándula, con hondas raigambres clásicas) y a Luis Vives (reencarnación evangélica del genio de San Agustín, dado que un mismo temor sagrado les une al enjuiciar cristianamente a la mujer) y ya no hay espacio en el corazón de multitud de valencianos para tallar una ofrenda sacratísima que sea por siempre, como un imperativo del Recuerdo.

Topamos a veces al andar por las calles vetustas de la ciudad y por las modernas y barrocas del Ensanche, con algún que otro monumento, contracción violenta del listamento estético que a la Atenas del Mediterráneo debe pertenecer, y no hay en nosotros, ni un grito de admiración, ni siquiera un cierto movimiento de desdén. Porque en la evocación, cualesquiera que fuere el nombre que aquella nos traiga, si no encontramos envolviéndole los basamentos profundos del Arte y de la Libertad, no podemos sino balbucir palabras inconexas que parten no más, de un cierto momento fugitivo de emoción. En Vicente Blasco Ibáñez, los que enfrentan ya los cuarenta años, y los que los hubieron ya de traspasar, tendrán siempre, con diferencia de emociones, un motivo ornamental para el culto al Muerto inolvidable. ¿Quien sino él (aprended dómines enfurruñados, que confundís a veces, la forja de una novela con un artículo periodístico interminable, falto de sintaxis y sobrado de interjecciones groseras) nos enseñó a reverenciar toda obra literaria extranjera, y nos facilitó el tránsito por entre los libros frondosos de Ingenieros y France, Mirbeau y Hamón, Benuzzi y Moleschot, fundiendo para enseñanza nuestra los ritmos todos del pensamiento europeo, inclinado magníficamente hacia el soplo renovador de la Vida? ¿Como pues, si ello sucedió así, contrariamente a tanto estilista, exento de palpitación universal (hasta a Gabriel D'Annunzio, se le quiebran a menudo los pensamientos, falto de horizontes) no hemos de trazar esta nuestra oración, que miles de coterráneos compartir? ¡Vicente Blasco Ibáñez, ha muerto! Los bronces no han sonado, con clamores litúrgicos, por la muerte del gran novelador de la tierra

valenciana, pero sobre la campiña ubérrima, los campesinos han dejado en un pronto el azadón en el suelo, y hasta el agua de las acequias se ha constreñido en remansos dolorosos, como si por sobre sus claros lomos, cruzara la sombra veneranda del Muerto, escudriñando los rincones esplendorosos de la huerta. ¡Vicente Blasco Ibáñez, ha muerto! No han ascendido a los Espacios las voces graves y pastosas de los que imploran el acceso de los mortales a los laberintos de la Eternidad, pero junto al Mediterráneo, en las casas alineadas, más que por el trazado del arquitecto por el imperativo efusivo de los corazones, se perfilaban rostros, demudados por la tremenda impresión, y los brazos, tendíanse nerviosamente, tratando de retener aquella mano inmortal que esculpió sobre las cuartillas sus luchas titánicas con el mar. ¡Vicente Blasco Ibáñez, ha muerto! No se han congregado en determinado sitio hileras interminables de enlevitados para salmodiar palabras desprovistas de toda altísima emoción, pero en muchos talleres, alguien abandonó la sierra y el compás, como si en torno suyo, escuchase aquella voz imperiosa que era como un hondo clamor de reivindicaciones justicieras, al exclamar en los comicios ¡Ciudadanos ...!







SOBRINOS DE  
**R. ABAD SANTONJA**  
•ALCOY.

S.  
50